ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGION MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista; siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

El Movimiento Teosófico.

Los que consideran el movimiento Teosófico como mera agitación esporádica, y la Sociedad Teosófica, en la cual está parcialmente encarnado, como un organismo solitario, no comprenden en modo alguno la situación, ni podrán, ignorando su historia, darse cuenta de las condiciones de su existencia presente, ni de las posibilidades que le ofrece el porvenir. Un sarmiento fué plantado en nuestro globo, en el místico jardín del Edén: un sarmiento de la Vid de la Divina Sabiduría, siendo la tierra todavía joven. De esta Vid han sido ramas todas las grandes religiones, y vástagos todos los sistemas de filosofía espirituales; la misma savia de sabiduría espiritual ha circulado por las venas de ramas y hojas, dando á todas nutrición y vida. La rama principal de la Vid es la gran Fraternidad, la Logia de Sabios, profundamente versados en la Sabiduría Divina, que de tiempo en tiempo formulan una nueva presentación de parte de esta Sabiduría, y la dan al mundo como religión ó como filosofía.

Este hecho es familiar á todos los que estudian la Teosofía, y están acostumbrados á hablar de los Señores de la Faz Blanca, y de los Señores de la Faz Obscura, relacionados con la Atlántida y con la lucha que hizo pedazos aquel continente. Saben cómo la magia de los Atlantes, extendiéndose hacia Oriente, comunicó su saber á la China, y á la religión del Egipto el lado más obscuro de sus profundos conocimientos, cómo extendiéndose hacia Occidente, subyugó las Américas, legando los tesoros de su sabiduría á las logias ocultas que aún existen en aquel conti-

nente, y restos de sus artes á las mermadas razas que van desapareciendo lentamente, según sucede á los pieles rojas del Norte. La Teosofía, difundida á su manera en la Atlántida, estableció y gobernó el imperio tolteca, y propaló una ciencia social benéfica sobre medio mundo. Pero á medida que la Fraternidad fué retirando su influencia externa, las filosofías y las religiones degeneraron en el curso de los tiempos, y se desvanecieron al fin, convirtiéndose en meras sombras de sus originales.

El teosofista conoce igualmente de qué manera se dió el impulso que fué causa y origen de la quinta raza, y cómo fué enseñada de nuevo una parte de la pura Teosofía por los miembros de la Fraternidad á la primera subraza aria. Muchas y hermosas fueron las ramas que brotaron de aquella enseñanza; las seis grandes escuelas de filosofía, el culto exotérico con su ocultismo débilmente velado, la inmensa y variada literatura de la India antigua. La robusta Vid lanzó otra rama sobre la tierra Irania, la cual creció y se dividió allí en multitud de vástagos, de que fueron fruto toda la sabiduría de los Caldeos y la mayor parte de los conocimientos egipcios. Asimismo reconoce el teosofista otra rama genuina de su doctrina desarrollada en Grecia, con sus brotes de filosofías y misterios surgiendo de la pura Teosofía de Orfeo, de Pitágoras y de Platón. La misma Sabiduría Divina aparece de nuevo en la India declarada por Buddha, y se extiende en todas direcciones hasta cobijar, bajo sus diversas ramas, á todo el Oriente. Más tarde, advierte el teosofista la nueva aparición de la Gran Fraternidad en el Profeta de Nazareth, que ofreció pura Teosofía á su propia nación, para recibir en cambio su repulsa y la muerte; pero las ramas se extendieron una vez más, y el Neoplatonismo, el Gnosticismo y el Cristianismo primitivo, formularon el pensamiento de la época. Mas, como otras veces, no estaba la humanidad dispuesta á comprender las enseñanzas de la verdad espiritual, y la oleada de la ignorancia ahogó la sabiduría pura en la superstición y en las fórmulas estrechas. Las ramas de la Vid se extendieron por Europa, y en el seno de las iglesias cristianas y de las escuelas filosóficas se conserva una parte de la Divina Sabiduría. Entre tanto, aparecen de tiempo en tiempo mensajeros de la siempre vigilante y guiadora Fraternidad, que aportan algún fragmento de la verdad, en forma religiosa, filosófica ó científica. Averroes y Duns, Scoto, Kempis y San Francisco, Paracelso y Bruno, Boehme y Eckhartshausen, Swedenborg y St. Martín, iluminan de cuando en cuando las tinieblas.

Por último, el tiempo es á propósito para otro movimiento de avance, y H. P. Blavatsky, escogida como mensajera, y H. S. Olcott como colega y cooperador suyo, presentan de nuevo la Teosofía pura; y como quiera que el hombre haya alcanzado el momento crítico de su evolución, el triunfo de la inteligencia iluminada por el espíritu, se adopta un nuevo método, se pone en práctica un nuevo experimento. Esta vez la Teosofía pura tendrá su vehículo propio, sin religión alguna exotérica que le sirva de envoltura externa; se intentará presentarla al mundo sin fundar una nueva fe ni formular sus verdades como dogmas. Se establecerá una Sociedad como su vehículo, abierta para todo el que reconozca la unidad fundamental de la humanidad; y las enseñanzas originales serán difundidas por todo el que las acepte y se las asimile en su esencia, sin exigir una identidad estrecha en la forma de su presentación.

La Sociedad Teosófica es, pues, la última organización para continuar la obra de la Fraternidad en la evolución espiritual del hombre. Lleva consigo las marcas antiguas, mostrando que su misión es heredada. Fué constituída por agentes de la Fraternidad, y forma así parte de la vid original; es una rama del antiguo tronco. Ha recibido sus enseñanzas directas de la Fraternidad, y las continúa recibiendo. Esta relación no interrumpida es necesaria á su vida, pues cualquier rama que se desgaja, se seca gradualmente, privada de la savia que procede sólo del tronco: la Fraternidad de Sabios. Esta unidad es la garantía de su vida, y mientras sea mantenida, la Sociedad no puede perecer, «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Todo ocultista reconoce la importancia de los ciclos, la existencia de ciertos períodos determinados de tiempo, que se anuncian en los mundos inferiores por perturbaciones ó por condiciones favorables, según sea el caso. Estos ciclos están además determinados por combinaciones planetarias, las cuales, consideradas ocultamente, representan las fuerzas de los grandes Seres espirituales, actuando en relación unos con otros, mientras que los planetas del plano físico son las manifestaciones más ínfimas de estos Seres, y las fuerzas magnéticas y otras que irradian de ellos, se encuentran tan definidas como las que irradian del cuerpo físico del hombre. El «campo magnético» de semejantes entidades es, por razón natural, inmensamente mayor, así por lo que respecta á su extensión como á las energías que funcionan en él, que el correspondiente campo magnético de un organismo tan ínfimo y débil como el del hombre; y, en su

consecuencia, los efectos que se producen son mayores en la misma proporción. H. P. Blavatsky hablaba á menudo del «fin del presente ciclo» y le asignaba con alguna vaguedad diferentes fechas, como la de 1897, la de 1897-98 y la de «el fin del siglo». Hablaba también muchas veces de la importancia de mantener la Sociedad Teosófica en este período, de sostenerla unida como un cuerpo orgánico durante este tiempo crítico, de «conservar intacto el lazo de unión.» Hasta ahora se ha logrado este propósito con completo éxito, á pesar de que se han puesto en práctica los más desesperados esfuerzos para evitarlo; y hay bastantes corazones fieles y verdaderos que continuarán unidos el tiempo que aún nos falta, y que transportarán con seguridad la Sociedad Teosófica al otro lado del «fin del ciclo», para proseguir su obra benéfica en el nuevo período.

El estudio de las condiciones planetarias en los años de 1897, 1898 y 1899, nos muestra la razón con que nuestra venerada maestra hablaba de estas épocas en tal sentido. Echemos una mirada sobre ciertos hechos exactos. En 24 de Noviembre de 1897, cinco «planetas»—Saturno, Marte, Mercurio, el Sol y la Luna—se reunen en un signo del Zodiaco: Sagitario. En 30 de Noviembre de 1898, el Sol, Mercurio, Vénus, Saturno y Herschel, se agrupan también en Sagitario. El 3 de Diciembre de 1899 se encuentran juntos asimismo en Sagitario, los siguientes: el Sol, la Luna, Mercurio, Vénus, Marte, Herschel, y como un octavo, el nodo de la Luna. Estas conjunciones extraordinarias de los cuerpos celestes, que, según se dice, no han ocurrido en 5.000 años, justifican completamente los anuncios de H. P. B., de perturbaciones en las fechas que indicaba. Mr. G. Wright, Presidente de la Sociedad Teosófica de Chicago, que rogado por mí, me suministró los anteriores exactos detalles, escribe: «El rasgo más notable es que desde Noviembre de 1897 á Diciembre de 1899, los planetas parecen agruparse juntos, culminando en la gran conjunción del 3 de Diciembre de 1899. De aquí que los efectos del fin del ciclo deban haberse bosquejado hace tiempo». El mundo ha empezado ya á mostrar los síntomas preliminares de las perturbaciones; y la India, la «Tierra sagrada» de la quinta raza, se retuerce bajo las calamidades, el hambre y los terremotos, recibiendo de lleno el ímpetu del torrente. Más obscuro aún se vislumbra el porvenir, pues negros nubarrones de próximas tormentas encapotan el horizonte de las naciones. No es de admirar, en verdad, que el conflicto que amenaza en las regiones superiores se refleje aquí abajo, y que nuestra amada Sociedad

llegue á sentir las tempestades que estallan por todos lados. ¿Por qué ha de turbarnos, sin embargo, el cumplimiento de las predicciones, ni han de abatirnos los «malos agüeros»? Tranquilos, firmes y serenos deben permanecer los Teosofistas, pues las potentes manos que guían los destinos del mundo no nos son extrañas. «No se aflijan vuestros corazones», pues podéis ver el límpido azul del cielo más allá de las nubes tempestuosas, la paz más allá de la borrasca.

Nada de esto es nuevo. El largo pasado que ha recorrido la Teosofía, sus múltiples manifestaciones, sus guardianes, la Fraternidad de Sabios, su expresión moderna por medio de la Sociedad Teosófica, los peligros de los últimos años de los ciclos: todo esto es viejo, y á todos nos es familiar. Pero lo que desgraciadamente falta, es lo que debiera ser resultado de tal conocimiento, la devoción ferviente é infatigable, los servicios gustosos y desinteresados, el sentimiento del privilegio de estar relacionados con semejante movimiento aun con el menor carácter, la determinación inquebrantable fundada en el conocimiento, la dignidad serena al considerarnos parte de una vida sin fin. Nuestra Sociedad es el Arca de la verdad espiritual, lanzada sobre las turbulentas olas que separan el pasado del porvenir. Nuestro Noé — usando el nombre hebreo — nuestro Manu, usando el nombre indio — es la gran Fraternidad que lanzó la barca, en la cual está con nosotros haciendo frente á la tempestad. Los viajeros del Arca llevan los tesoros preciosos del pasado como ofrenda para lo futuro; son los transmisores del conocimiento al nuevo ciclo, son los iniciadores del nuevo impulso. Ser humilde grumete de tal navío, es un título de honor; tomar parte en tal maniobra, es un privilegio inapreciable. Muchas veces me maravillo al considerar los miembros de la Sociedad Teosófica y observar cuán relativamente pocos son los que comprenden la magnitud del movimiento de que forman parte, cuán pocos son los que sienten alegría al verse admitidos al servicio de semejante causa.

Quien barra una habitación por tus Leyes
Hace aquélla y la acción finas,

cantaba George Herbert; y en verdad, el hacer algo por la Teosofía, hablar y escribir en su favor, y prestarla el más insignificante servicio, es estar alistado entre los privilegiados de la tierra. Poderla dar la vida entera, es el mejor karma que un individuo puede alcanzar; poderla dar

vida y fortuna y todas las fuerzas del corazón, de la cabeza y de las manos, es el más rico salario que pueda recibir el Alma. Todo el que trabaje por la Sociedad Teosófica, está al servicio de la Gran Fraternidad y se convierte en recluta del gran ejército de precursores que marcha sin interrupción del lejano pasado al lejano porvenir. Si un soldado está orgulloso de su bandera y un patriota de su país, ¿cuánto más grande no debe ser el orgullo del que está afiliado á la Orden que guía la evolución espiritual, é impulsa al mundo hacia lo alto, en su ascensión á la Divinidad? Tal es el título de honor que implica la participación en esta obra, y al principiar un nuevo año de vida de nuestra revista (1), saludo á todos los compañeros de todas partes con el antiguo apretón de manos de la fraternidad, cerrando las de todos los que trabajan por la Teosofía en todos los países y en todas las razas.

Annie BESANT

(1) Traducida de *The Theosophical Review*, antes «Lucifer».

GÉNESIS

(CONTINUACIÓN)

Es, por tanto, indiferente considerar la serie indefinida de las clases de cantidad, la serie de líneas horizontales de la tabla pitagórica como una serie de ceros ó como una serie de infinitos, ó como una serie de *unos* á la usanza pitagórica, ó como la repetición constante, en variedad infinita de tonos, de las tres notas fundamentales de todas las cosas posibles: cero, la unidad y el infinito.

Todas cuantas cosas nos muestra la Naturaleza y todas cuantas ideas consideramos dentro del espacio metafísico inextenso, son *unos* pitagóricos, son perfecciones absolutas y relativas, son unidades, porque la unidad es el término fatal y necesario de la ley combinatoria, como resultado que es de una especie de selección darwiniana, que lo mismo se cumple dentro de la Naturaleza que en el mundo anterior de las ideas.

Claro es que si difícil es precisar en las especies químicas, en las vegetales ó en las animales el tránsito de unas á otras lo es mucho más todavía si pretendemos establecer la evolución de una especie metafísica

á la siguiente; pero esta evolución es cierta, indudable y se puede comprobar en muchos casos que en las transformaciones de las especies metafísicas sucede lo que con las especies materiales, á saber: que la combinación regular de una especie consigo misma, engendra otras especies superiores.

En esto consiste, á nuestro juicio, el mérito colosal de Pitágoras; en haber visto y precisado el proceso evolucionista y transformista, lo mismo en el mundo visible que en el invisible, de donde resulta que Darwin, el Dios ó demiurgo de la ciencia moderna, no es más que una mala y mal dibujada copia de Pitágoras, sin que por esto pretendamos negar sus méritos extraordinarios é indiscutibles.

La dirección equivocada que siguen en sus razonamientos los filósofos, los matemáticos y los artistas posteriores á Pitágoras, consiste precisamente en que desconocen ó menosprecian la evolución de las especies metafísicas. Hasta tal punto domina hoy en los espíritus tal aberración, que tenemos por cierto que la mayor parte de los matemáticos contemporáneos se reirán al decirles que la idea del triángulo equilátero es una especie metafísica anterior á la idea del cuadrado y del pentágono regular, ó lo que es lo mismo, que el pentágono y el cuadrado se derivan y son engendrados por el triángulo, ó que la especie metafísica dodecaedro es posterior á la especie metafísica cubo, y ésta á su vez posterior á la especie metafísica tetraedro. Entiéndase bien, que al decir posterior lo decimos como sinónimo de efecto, de cantidad más perfecta que la cantidad anterior ó causa, no como cosa dependiente del tiempo. Y, sin embargo, nada más cierto y evidente.

Combinemos dos tetraedros regulares iguales de la única manera perfecta posible, esto es, coincidiendo sus centros de figura; dentro de las infinitas posiciones posibles, dada la coincidencia de los centros, elijamos la posición *única* perfecta, aquélla en que las aristas de los tetraedros se cortan perpendicularmente, ó sea del *único* modo que no admite figura simétrica ó pareja; resulta de la combinación el betatetraedro, contenido ó limitado por el cubo exteriormente y por el octaedro interiormente.

Antes de la combinación existía el tetraedro; después de la combinación existe el cubo. Y como no hay modo alguno de combinar el cubo consigo mismo de suerte que aparezca el tetraedro, deducimos que la idea ó especie metafísica tetraedro es anterior á la especie cubo, ó lo que es lo mismo, que el tetraedro es causa y el cubo su efecto.

Del mismo modo deducimos, que si antes de la combinación había caras triangulares y después de ella aparecen caras cuadrangulares, el cuadrado es posterior al triángulo; la especie metafísica triángulo es anterior, es causa, y la especie metafísica cuadrado es posterior, es efecto.

Combinemos cinco cubos iguales de la única manera regular posible coincidiendo sus centros; resulta el pentaexaedro contenido y limitado por el dodecaedro exteriormente y por el icosaedro interiormente.

Como no hay combinación de dodecaedros de la que resulte el cubo, deducimos que la especie metafísica cubo es anterior á la especie metafísica ó idea del dodecaedro, y como antes de la combinación había caras cuadrangulares, y después de la combinación aparecen pentágonos regulares, deducimos que la idea del pentágono se deriva de la idea del cuadrado.

Es decir, que el tetraedro regular es una forma padre que contiene potencialmente á las especies metafísicas hijas, el cubo y el dodecaedro; y la especie metafísica triángulo engendra á las especies cuadrado y pentágono. Nótese que en la evolución de las especies metafísicas, sólo es posible el tránsito de una menos compleja á otra más compleja, á condición de que así la especie generadora, como la especie engendrada, sean unidades, *unos* pitagóricos, combinaciones únicas, perfecciones absolutas.

De todo esto infirió, sin duda alguna, Pitágoras, que la evolución en la Naturaleza es copia fiel y consecuencia de la evolución anterior de las especies metafísicas independiente del tiempo y del espacio, sintetizada hipostáticamente en el *Primer uno*.

Tenemos, pues, que todas las combinaciones regulares posibles con los cinco sólidos platónicos, esto es, los cuerpos simples, las especies químicas, los minerales, los vegetales, los animales y los hombres son combinaciones únicas ó sin pareja, *unos* pitagóricos, ó lo que es lo mismo, perfecciones absolutas; figuras regulares simétricas y equilibradas, cosas bellas.

Hemos llegado al átomo más complejo de todos, á la forma más perfecta: al hombre.

Para hallar nuevas unidades más perfectas, sigamos el mismo procedimiento, y combinando al hombre consigo mismo, observaremos que los intereses materiales, intelectuales y morales, ofrecen á nuestro examen una dualidad infinita de combinaciones, y en medio de ellas, y como sin-

tesis de todas ellas, una combinación sin pareja, una combinación única, la justicia, el derecho.

La misión del juez y la del legislador coinciden con la del artista, puesto que todas se reducen á buscar la unidad, la combinación *única* más perfecta y bella.

La unidad no es sólo regularidad, perfección y belleza, es también la justicia y el derecho.

En la clase elevadísima de cantidad que podemos llamar voluntad, sucede lo propio. Entre las infinitas combinaciones dobles que podemos querer en cualquier momento de nuestra vida, hay una, sólo una, sin pareja, la única perfecta: el bien.

La unidad es el bien.

Lo bello, lo bueno y lo verdadero, son aspectos distintos de *la unidad* que es preciso considerar hipostáticamente.

En definitiva, la divinidad es la expresión más alta, completa y perfecta de la unidad.

No hay para la razón demostración más clara y concluyente de la existencia de Dios que la pitagórica, porque no hay definición más profunda, más hermosa y más exacta que la de

El primer Uno,

esto es, el origen y fundamento de todas las cantidades posibles, la integral de todas las integrales, el conjunto indivisible de todas las perfecciones posibles.

El hombre en sus obras busca siempre instintivamente la unidad y concluye por realizarla.

Innumerables ejemplos hay de esto.

La balanza es un símbolo perfecto, claro y sencillo de la unidad pitagórica, de la dualidad infinita de las combinaciones posibles y de la trinidad de todas las formas.

Á la posición en que el platillo *A* sube 15 milímetros y el platillo *B* baja otro tanto, corresponde otra posición pareja, simétrica ó conjugada en que el platillo *A* baja 15 milímetros y el platillo *B* sube otro tanto.

Cada posición de los platillos es reversible, cada posición tiene su pareja. Sólo hay una posición sin pareja, *única*, no reversible, aquélla en que el fiel de la balanza está vertical. La unidad es el equilibrio.

Quien quiera que fuese el primero que comparó la balanza con la justicia, era sin duda un pitagórico, un talento orientado hacia el norte de las enseñanzas pitagóricas.

Todo tribunal, todo juez no hace otra cosa que pesar el pro y el contra, esto es, examinar una de las infinitas combinaciones dobles que todas las cosas ofrecen, pasar de aquella combinación doble, y por lo tanto, irregular ó imperfecta á otra menos imperfecta, después á otra menos imperfecta todavía, haciendo de esta suerte diferentes tanteos, hasta que por fin llega á la combinación única en que se equilibran los contrarios pareceres.

En definitiva, el juez no hace otra cosa que la operación geométrica y matemática de buscar la unidad, porque la unidad es la justicia.

Un fallo justo es una forma trina compuesta de los dos platillos de la balanza y de su síntesis representada por el fiel en posición vertical; es la unidad bella y luminosa del *bien* surgiendo en la mente del juez, del caos tenebroso de las imperfecciones dobles de la acusación y de la defensa.

La doctrina pitagórica nos proporciona el criterio infalible para juzgar las creaciones humanas del arte. Toda obra artística de cualquier clase que sea, es combinación de ideas, es una determinada clase de cantidad, puesto que las cantidades son ideas en movimiento; y como ante la crítica pitagórica, unidad, perfección, bien y belleza, se confunden, son una misma cosa, ó mejor dicho, son cosas distintas, que por ser inseparables debemos considerar simultánea é hipostáticamente, nuestra regla crítica infalible es ésta: ¿Tal cosa, tal obra artística es, dentro de las infinitas combinaciones dobles y simétricas de un determinado número de colores, de formas, de sonidos, de signos, palabras ó ideas, que el artista ha podido elegir, la combinación única, la que no tiene pareja? ¿Es un *uno* pitagórico? Pues es cosa perfecta, buena y bella, es una obra de arte, y el hombre que la realiza en el momento en que tal hace, es hombre perfecto, es un hombre bueno, es un artista.

Así aseguramos, sin temor de ser desmentidos, que los *unos* pitagóricos elementales, la línea recta, los polígonos regulares y sus combinaciones, el círculo, la esfera, los poliedros regulares y sus infinitas combinaciones posibles, que constituyen la Naturaleza, son todas cosas bellas, porque son perfecciones absolutas, porque son combinaciones únicas, porque son *unos* pitagóricos. Son el substratum indispensable para toda creación del arte, son el patrimonio común de todos los artistas, la tierra

sobre la cual andan, de la que se nutren y cuya eterna substancia transforman en cosas más bellas todavía, de la misma suerte que los vegetales transforman el cieno en perfumadas y pintadas flores y en exquisitos frutos.

El arte es la clase más elevada de geometría, la construcción más complicada, el conjunto de cantidades cada vez más complejas que el hombre va creando, sacando de la nada, del fecundísimo inagotable seno de la Ley combinatoria.

Crítico verdadero es el geómetra que construye sucesiva y lógicamente toda la serie de unidades, hasta llegar á la que hace objeto de su examen, con toda la facilidad y la rapidez propias de su talento.

Artista, supremo artista es el que verifica instantáneamente, por intuición, esta serie de construcciones, esta cadena de silogismos que el crítico geómetra hace con paso lento pero seguro; supremo artista es el que á la luz de estos relámpagos de la intuición divisa una superior clase de cantidad desconocida para los demás hombres, y en medio de la infinita dualidad de las combinaciones posibles, descubre la combinación sin pareja, la combinación única, la que no admite la más leve alteración porque es la unidad, es decir, una perfección absoluta, un equilibrio estable, un género de simetría, una belleza eterna.

Aplicando nuestra teoría y el procedimiento pitagórico á las cantidades inextensas, hallamos el camino más seguro que jamás tuvo la metafísica.

Ejemplo. — La voluntad, la libertad y el bien son los tres términos cero, infinito y unidad, de la cantidad *bien*.

La voluntad en potencia, en reposo, es cero de esta clase de cantidad, que llamamos *bien*. Al moverse puede efectuarlo de infinitos modos, todos dobles y simétricos, porque á cada uno de nuestros actos corresponde otro contrario ó conjugado. El conjunto de estos infinitos modos dobles de movimiento de la voluntad es la libertad, el libre albedrío.

En medio de esta infinita dualidad hay en la cantidad voluntad, como en todas, un modo de movimiento *único*, sin pareja, que es conciliación y síntesis de todos los contrarios. Este movimiento único, y por lo tanto, perfecto, es el Bien.

Deducimos, pues, con el criterio pitagórico: que la libertad es el infinito de la cantidad voluntad; que el bien es la unidad de la voluntad, y de la libertad, un *uno* pitagórico, una perfección absoluta.

Todas las voluntades tienden, pues, por modo fatal y necesario, á realizar el Bien, y después de infinitas oscilaciones á uno y otro lado de la línea recta metafísica del Bien, concluyen por coincidir con ella, por realizar la unidad, por construir la unidad, por construir la clase inmediatamente superior de cantidad en la evolución ó jerarquía de las cantidades.

Tenemos, pues, en la evolución de las cantidades inextensas tres especies metafísicas consecutivas, la especie *voluntad* y las especies siguientes, la *libertad* y el *bien*, ó dicho de otro modo, sin relación alguna con el tiempo, la voluntad es causa de la libertad, y el bien es efecto de la voluntad y de la libertad.

Por el mismo procedimiento podremos inquirir cuáles son las especies metafísicas ó cantidades anteriores á la especie voluntad, y cuáles posteriores ó derivadas de la cantidad *bien*. La justicia y el derecho no son más que formas parciales de la cantidad *bien*.

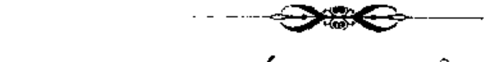
Un tribunal, al decidir un caso sometido á su examen, va sucesivamente desechando todas las infinitas parejas de soluciones dobles ó simétricas, hasta que halla ó cree hallar la solución única, la que no tiene pareja, la que está en el fiel de la balanza de la justicia, el *uno* pitagórico, la unidad de la clase de cantidad sometida á su estudio.

El amor es una cantidad superior á la cantidad voluntad.

Nuestro libre albedrío, dentro de la cantidad de amor consiste en la posibilidad de elegir para nuestro amor cualquiera de las infinitas combinaciones dobles y simétricas que se pueden hacer con un número determinado de colores, de sonidos, de formas ó de ideas. La belleza es la combinación única, la que no tiene pareja, la línea recta metafísica del amor, la belleza es la unidad de la cantidad en amor.

Arturo SORIA y MATA.

(Se continuará.)



FILOSOFÍA SÂNKHYA

POR

BERTRAM KEIGHTLEY

II

Habiendo ya desbrozado el terreno, familiarizando nuestra mente con las consideraciones generales de que se ha tratado en el precedente

artículo, podemos desde luego emprender el estudio del sistema *Sânkhya* como un esquema sólido y armónico de filosofía. Pero opino que será preferible presentarlo primeramente al lector, invirtiendo el orden de exposición seguido en los tratados originales, y en vez de proceder de lo general á lo particular, como ellos hacen, seguir una línea de pensamiento que probablemente no se apartará mucho de aquélla, según la cual el fundador desarrolló su filosofía en su forma sistemática.

Siguiendo este plan, el lector se verá gradualmente ascendido, peldaño tras peldaño, en la escala de concepciones — veinte y cinco en número — que forman el esqueleto del sistema *Sânkhya*, llegando de este modo á familiarizarse un tanto con sus principales contornos. En seguida, invirtiendo el proceso y siguiendo las líneas de los libros de texto, podemos revestir este esqueleto con la carne y sangre de los detalles, añadir nuevas elucidaciones, y tratar de comprender su aplicación al mundo concreto de la experiencia actual.

Estamos bastante familiarizados con el hecho de que, primitivamente, todo nuestro conocimiento del mundo exterior llega á nosotros por medio de los sentidos, siendo ya proverbial que éstos son cinco, á saber: vista, oído, olfato, gusto y tacto. Verdad es que la moderna psicología científica ha añadido á estos sentidos varios otros, tales como el sentido muscular, el sentido de la temperatura, etc.; pero los mismos sabios no están de acuerdo entre sí respecto á estos nuevos sentidos, y así es que por el momento debemos contentarnos con la antigua clasificación de los cinco sentidos.

Ahora bien; como quiera que el conocimiento que tenemos del mundo exterior lo recibimos en los límites de estos cinco sentidos, los pensadores Sânkhyas arguyeron que este mundo externo debe á su vez estar constituído por cinco factores ó elementos, correspondiendo cada uno de ellos á cada uno de nuestros sentidos. Pero como todas las formas de materia con que nosotros estamos familiarizados afectan á más de un sentido — por ejemplo, la tierra puede ser vista y tocada, como tambien olida — claro está que dichas formas no pueden ser los elementos simples que corresponden exclusivamente á cada uno de los sentidos.

Por consiguiente, estos objetos que nuestros sentidos nos revelan, deben ser no solamente cuerpos compuestos, sino que sus mismos elementos deben ser compuestos ó constituídos de los cinco elementos primordiales. Por esta razón los Sânkhyas sostienen que el mundo familiar que nos ro-

dea está compuesto de cinco «elementos groseros», ó *mahâbhûtas*, como ellos los denominan, y que estos elementos groseros están á su vez compuestos de los cinco elementos verdaderamente primordiales, los llamados «elementos sutiles», ó *tanmâtras*, que reciben su denominación especial según el sentido á que corresponde cada uno de ellos. Así es que, por una parte tenemos dos series de cinco elementos cada una, correspondientes á los cinco sentidos de la otra parte; á saber, los cinco *tanmâtras* del oído, tacto, vista, gusto y olfato, con más los cinco *mahâbhûtas* ó elementos groseros; éter, aire, fuego, agua y tierra, y, correspondiendo á ellos, los cinco sentidos del oído, tacto, vista, gusto y olfato.

Más adelante deberemos estudiar la verdadera significación de estos «elementos»; pero mientras tanto, tenemos sin duda alguna un exacto análisis general del mundo que nos rodea en su relación para con nosotros mismos, desde el momento en que dicho mundo llega hasta nuestra conciencia directamente por medio de nuestros cinco sentidos, y evidentemente debe haber en el mundo *algo* que así afecta nuestros sentidos, y en realidad tantos «algos» distintos cuantos son los sentidos que tenemos; de modo que este análisis del mundo objetivo en los límites de nuestros sentidos es sumamente práctico, y si apartamos de nuestra mente el moderno concepto químico de la palabra «elementos», fácilmente compren deremos, yo creo, la natural racionalidad de los cinco *tanmâtras* ó elementos sutiles de la filosofía *Sânkhya*. Nosotros, mortales ordinarios, venimos en conocimiento de estos elementos sutiles por medio de sus efectos, es decir, los elementos groseros; mas, para la sutil percepción de los *yoguis* y dioses, los *tanmâtras* mismos, según se afirma, son directamente cognoscibles.

Pero la acción tiene en la vida humana un papel tan importante como el conocimiento; no sólo sentimos la influencia del mundo exterior, recibiendo de él continuas impresiones mediante nuestros cinco sentidos, sino que también nosotros mismos reaccionamos sobre el mundo circundante, y de este modo producimos cambios en él.

Según los *Sânkhyas*, esto se realiza por medio de ciertos poderes, facultades ú «órganos de acción», similares, en su naturaleza y origen, á los «órganos de sensación» ó sentidos, y probablemente concebidos y definidos guardando analogía con éstos. Tales son el habla, la manipulación, la deambulación ó locomoción, la excreción y la generación. Debemos poner mucho cuidado en no confundir los poderes ó facultades desig-

nados por estos nombres, con los órganos exteriores, groseros y físicos (manos, pies, etc.), en los cuales aquéllos radican, de la propia manera que los cinco órganos paralelos de sensación son distintos de los órganos físicos llamados ojo, oído, piel, etc., por medio de los cuales aquéllos funcionan.

Avanzando un paso más, los filósofos *Sânkhyas* advirtieron que las sensaciones ó impresiones nacidas de los diferentes sentidos aislados, son sintetizadas ó combinadas las unas con las otras, así como puestas en relación íntima con los órganos de acción y sus actividades, al mismo tiempo que se necesita un nuevo centro ú órgano especial para las actividades de sentir, desear y reflexionar, que desempeñan una parte tan principal en nuestra vida consciente y ponen en juego las actividades de ambas series de órganos, á pesar de no pertenecer propiamente á ninguno de ellos, porque, opuestamente á ellos, se relacionan con el pasado y con el futuro, lo mismo que con el tiempo presente. De ahí que los filósofos Sânkhyas fuesen inducidos á la concepción de un «sentido interno» común, al cual denominaron *manas* y clasificaron entre los diez *indriyas*, como son llamados colectivamente los cinco órganos de sensación ó percepción y los cinco de acción.

No hay que confundir este *manas* de la filosofía *Sânkhya* con el *manas* de que se habla tan frecuentemente en la literatura teosófica. No es coextensivo tampoco con lo que los occidentales llamamos «mente», puesto que este último término tiene generalmente una significación más lata que el *manas* de los *Sânkhyas*. Pero nos llevaría demasiado lejos el profundizar todos estos puntos, y así es que debo contentarme con hacer esta ligera advertencia al lector, y rogarle que cada vez que vea en estos artículos la palabra *manas*, la refiera única y exclusivamente al concepto que de ella tienen los *Sânkhyas*, á saber: *manas* es el sentido interno, el *sensorium commune*, correspondiendo al sistema nervioso central en la psicología fisiológica, y teniendo las funciones de percibir, sentir, desear y reflexionar. En su relación con los *indriyas*, se amolda á las modificaciones que nacen en ellos por efecto de la impresión de los objetos exteriores, y reflexiona inciertamente sobre la verdadera naturaleza del objeto en cuestión. El *manas* tiene funciones en el más estricto sentido de la palabra, puesto que es un órgano, y en realidad un órgano material. Porque bueno será recordar al lector otra vez, que desde el punto de vista *Sânkhya*, todos estos conceptos—los cinco sentidos y los cinco órganos de acción,

lo mismo que el *manas* — no son menos materiales que los cinco elementos sutiles ó *tanmâtras* y sus productos, ó sean los cinco elementos groseros ó *mahâbhûtas.*

Con mucha frecuencia los escritores *Sânkhyas* hablan de once *indriyas* en lugar de diez, clasificando el *manas* ó sentido interno entre los diez *indriyas* externos, por razón de su gran similitud con ellos, tanto por su origen como por sus funciones. Por otra parte, con no menos frecuencia es clasificado y considerado juntamente con los conceptos que ahora vamos á examinar, por razones que serán evidentes cuando llegue el caso.

Nuevas observaciones y el estudio de su propia vida consciente, hicieron ver á estos antiguos pensadores que, no sólo las impresiones nacidas de los sentidos son sintetizadas por un sentido interno, el cual reflexiona sobre la naturaleza de las mismas, sino que además dichas impresiones ó sensaciones son puestas en relación con el sentimiento del «yo», del «yo» considerado como el agente que ejecuta, goza y experimenta las cosas. Ahora bien: este concepto del «yo», esta noción del «yo» como actor, experimentador, etc., no está claramente contenida en la definición que del *manas* acabamos de dar, y de ahí que debamos añadir otro principio á nuestra lista, otro factor que contribuye á la experiencia: este sentimiento de ser el actor ó experimentador. A este factor los filósofos *Sânkhyas* dieron el nombre de *ahankâra*, el cual puede ser definido como el principio en virtud del cual consideramos que nosotros mismos somos los que obramos, gozamos, sufrimos, etc., mientras que en rigor nosotros, esto es, nuestro *Purusha*, está siempre libre de ello por completo.

Así, pues, hemos llegado á lo siguiente: nuestros sentidos se ponen en relación con los objetos exteriores que les son afines, y reciben impresiones de los mismos; el *manas* sintetiza dichas impresiones y reflexiona sobre ellas, amoldándose á las impresiones recibidas por los sentidos, y el *ahankâra* añade á esto la noción del «yo» como actor, de manera que decimos, «yo siento», «yo veo», etc.

Pero falta dar un paso más y es la definida determinación del objeto, ó la acción que hay que ejecutar. Esto reclama otro principio adecuado, porque éste es realmente el principio pensante propiamente dicho, esto es, el principio que de su seno hace brotar el pensamiento, y no depende puramente, como el *manas*, de las impresiones venidas del exterior Así es que los *Sânkhyas* añaden otro principio á la lista, llamándolo *bud-*

dhi, nombre que debe ser cuidadosamente excluído de las relaciones que ha adquirido en nuestra literatura teosófica. No hay que olvidar que el *buddhi*, lo mismo que el *manas* y *ahankâra* es, según los Sânkhyas, un órgano verdaderamente material, siendo sus funciones el juzgar, discernir y resolver, mientras que también es considerado como el verdadero asiento de la memoria, en donde se hallan almacenadas todas las impresiones recibidas. Pero como sea que cada individuo determina y resuelve de un modo distinto, claro está que su respectivo *buddhi* debe diferir de los demás, y por consiguiente, fundándonos en el principio admitido de los Sânkyhas, según el cual lo que es limitado y diverso, y por lo tanto, cambiante y no eterno, debe tener por causa algo ilimitado y eterno, síguese de ahí que el *buddhi* debe tener una causa, y ésta debe ser el *Prakriti* de que tanto se ha hablado en el artículo anterior, puesto que siendo el *buddhi* material, debe tener una causa también material, y *Prakriti* es la única causa material que es ilimitada y eterna.

Así, pues, según el análisis que los *Sânkhyas* han hecho del hombre y de la naturaleza, tenemos los siguientes factores ó principios comúnmente llamados *tattvas*, á saber: los cinco elementos groseros, los cinco elementos sutiles, los diez *indriyas* (cinco órganos de percepción y cinco de acción), *manas*, *ahankâra*, *buddhi* (siendo todos éstos individuales, esto es, siendo diferentes en cada criatura), y además *Prakriti*, que es universal, sumando en conjunto veinticuatro principios materiales ó *tattvas*. A éstos hay que agregar *Purusha*, que es un principio también individual, completando los veinticinco *tattvas* ó principios que constituyen el esqueleto, la eminentemente original y peculiar propiedad de nuestro sistema.

Al llegar á este punto de nuestro análisis, no hemos todavía estudiado atentamente la génesis de estos principios ó *tattvas*, ni las relaciones que guardan entre sí. Estas cuestiones han sido completamente determinadas en la filosofía *Sânkhya*, recurriendo al concepto especial de causación, hacia el cual he llamado la atención en el precedente artículo.

Es evidente que los cinco *mahâbhûtas* ó elementos groseros deben proceder de los cinco *tanmâtras* ó elementos sutiles, puesto que estos últimos vinieron á ser las causas necesarias de aquéllos. Por otra parte, nada hay que pueda sugerirnos la idea de que los diez *indriyas* ó el *manas* debían proceder el uno del otro, desde el momento en que cada cual tiene su función y naturaleza especiales, y no era deducido como la causa necesaria de alguno de los restantes. Así, pues, en un mismo nivel, por

decirlo así, tenemos los cinco *tanmâtras* — de los cuales proceden los cinco elementos groseros ó *mahâbhûtas* — los cinco sentidos, correspondiendo cada uno de ellos á cada uno de los *tanmâtras*, los cinco órganos de acción, y por último, el *manas*, siendo todos éstos, recuérdese bien, materiales.

Ahora bien; compréndese fácilmente que cualquiera que sea la causa material de los *tanmâtras*, será también la causa material de los sentidos relacionados con ellos, así como de los órganos de acción y del *manas*, que están igualmente paralelos á ellos. Acabamos de ver que debe existir un principio material para dar origen á la idea de «yo soy esto ó aquello; aquello me pertenece; yo debo hacer esto», y así sucesivamente; y como quiera que dicho principio no puede funcionar sin los sentidos, resulta de ahí que debe ser la causa, la raíz de estos mismos sentidos. Por consiguiente, de *ahankâra* derivan todos estos dieciséis diversos principios, á saber: el *manas*, los diez *indriyas*, los cinco *tanmâtras*, mientras que de estos últimos proceden los elementos groseros.

Pero sucede que el *ahankâra* está relacionado con los objetos y no puede funcionar sin ellos, y por esta razón debe existir un principio todavía más elevado, el *buddhi*, que presenta estos objetos al *ahankâra*. Porque todos nosotros determinamos primeramente una cosa según su naturaleza, y sólo entonces la referimos á nuestra propia personalidad. De ahí que estando estas dos actividades en la relación de causa y efecto, debamos deducir que sus subestados materiales hacen lo mismo. Por lo tanto, *ahankâra* procede de *buddhi*, mientras que *buddhi*, como hemos visto más arriba, debe proceder de *Prakriti*.

Con esto, pues, hemos completado el árbol genealógico de los veinticinco *tattvas* ó principios, en los cuales el filósofo *Sânkhya* descompone ó analiza al hombre y al Universo que le rodea. Y como un auxiliar de la memoria y un medio para facilitar la comprensión de estas ideas, tal vez será oportuno terminar esta parte del presente artículo con un diagrama ó árbol genealógico, en el cual se muestren estos veinticinco *tattvas* en su orden natural.

PRAKRITI

(UNIVERSAL)

[No producido, productor, eterno, material, activo, siempre cambiando].

PURUSHA

(INDIVIDUAL)

[No producido, no productor, eterno, espiritual, inactivo, inmutable].

BUDDHI

(INDIVIDUAL)

[El poder pensante propiamente tal, la facultad de juzgar, discernir y resolver].

AHANKÂRA

[Lo que produce la noción «Yo obro, yo sufro, yo gozo].

Existe bajo tres formas:

Vaikrita Ahankâra.

Predominando *Sattva*).

Manas.

[El sentido interno, el poder que reflexiona y duda, la síntesis de las impresiones de los sentidos].

Taisaja Ahankâra.

(Predominando *Rajas*).

Los diez Indriyas.

[Los cinco sentidos y los cinco órganos de acción].

Bhûtâdi Ahankâra.

(Predominando *Tamas*).

Los cinco Tanmâtras.

[Los cinco elementos sutiles correspondientes á los sentidos].

Los cinco Mahâbhûtas

[Los cinco elementos groseros, compuestos de los cinco elementos sutiles, y constituyendo nuestro mundo exterior].



REENCARNACIÓN

(CONTINUACIÓN)

Desde este momento en adelante las energías despertadas de la Mónada toman una parte menos pasiva en la evolución. Principian á tratar de expresarse activamente hasta cierto punto, cuando son llamadas á funcionar, y á ejercitar una activa influencia en el moldeado de las formas en que se hallan aprisionadas. Cuando han llegado á hacerse demasiado activas para su revestimiento mineral, se manifiestan los principios de las formas más plásticas del reino vegetal, evolución á que ayudan los espíritus de la naturaleza en los reinos físicos. En el reino mineral, ha mostrado ya una tendencia hacia la organización definida de la forma:

el trazado de ciertas líneas (1) según las cuales, prosigue el desarrollo. Esta tendencia rige en lo sucesivo en la construcción de todas las formas y es causa de la exquisita simetría de los objetos naturales, familiar á todos los observadores. Las almas monádicas de grupos se someten en el reino vegetal á divisiones y subdivisiones con creciente rapidez, á consecuencia de la mayor variedad de influencias á que están sujetas, debiéndose á esta subdivisión invisible, la evolución de las familias, géneros y especies. Cuando cualquier género, con su alma monádica de grupo genérica, se halla sujeta á condiciones muy variadas, esto es, cuando las formas relacionadas con ella reciben muy diversas influencias, desarróllase en la Mónada una nueva tendencia á subdividirse, desenvolviéndose varias especies, cada una de las cuales tiene su propia alma monádica de grupo específica.

Cuando se deja á la Naturaleza que obre por sí sóla, el proceso es lento, aun cuando los espíritus de la Naturaleza hacen mucho en la diferenciación de las especies; pero una vez que el hombre se ha desarrollado y principia con sus sistemas artificiales de cultivo á ayudar el funcionamiento de una serie de fuerzas é impedir el de otras, entonces esta diferenciación puede verificarse con rapidez considerable, y las diferencias específicas se desenvuelven pronto. Mientras que la división efectiva no ha tenido lugar en el alma monádica de grupo, la sujeción de la forma á las mismas influencias, puede volver á destruir la tendencia separatista; pero cuando la división se ha completado, las nuevas especies quedan definida y firmemente establecidas y prontas á echar retoños propios.

En algunos de los individuos de larga vida del reino vegetal, principia á manifestarse el elemento de la personalidad, cuyo pronóstico de individualismo es debido á la estabilidad del organismo. En un árbol que viva varias veintenas de años, la repetida ocurrencia de condiciones similares ejerciendo análoga acción, las estaciones que vuelven un año tras otro con los movimientos consecutivos internos que determinan la elevación de la savia, el brotar de las hojas, el contacto del viento, de los rayos del sol y de la lluvia, todas estas influencias en su progreso rítmico, despiertan vibraciones que responden en el alma monádica del grupo, y como la sucesión de aquéllas se imprime con la repetición constante, la

(1) Los ejes del crecimiento que determinan la forma. Aparecen definidamente en los cristales.

ocurrencia de una conduce á la expectación confusa de su sucesora tantas veces repetida.

En el reino vegetal aparecen también los preludios de la sensación, lo que en los individuos superiores se convierte en lo que el psicólogo oriental llamaría sensaciones «macizas» de placer y de disgusto (1). Hay que tener presente que la Mónada ha atraído á su alrededor materiales de los planos por donde ha descendido, y por tanto puede percibir la acción de estos planos, haciéndose sentir en primer término los impulsos más fuertes de las formas más groseras de materia. Por último, las sensaciones de los rayos solares, así como el frío de su ausencia se imprimen en la conciencia monádica; y su envoltura astral, vibrando débilmente, ocasiona la especie de ligera sensación maciza de que hemos hablado. La lluvia y las corrientes de aire, al afectar la constitución mecánica de la forma y su aptitud para comunicar vibraciones á la Mónada que le sirve de alma, son otros «pares de opuestos» cuyas funciones despierta el reconocimiento de la diferencia, la cual es la raíz de todas las sensaciones, y más adelante de todos los pensamientos. De este modo, por medio de las repetidas encarnaciones en las plantas, evolucionan las almas monádicas de grupos en el reino vegetal, hasta que las que sirven de alma á los individuos más elevados de dicho reino, llegan á estar en situación de dar el paso siguiente.

Este paso las lleva al reino animal, en donde desarrollan lentamente, en sus vehículos físicos y astrales, una personalidad muy determinada. Siendo el animal libre para moverse, hállase sometido á una variedad mayor de condiciones que la que puede experimentar la planta que está fija en un solo punto, y esta variedad promueve diferencias, como siempre. Sin embargo, el alma monádica de grupo que anima cierto número de animales salvajes de la misma especie ó subespecie, si bien recibe una gran variedad de influencias, como quiera que éstas se repiten constantemente en su mayor parte y están compartidas por todos los individuos del grupo, solo se diferencia lentamente. Estas influencias ayudan al desarrollo del cuerpo físico y del astral, por cuyo medio adquiere mucha experiencia el alma monádica del grupo. Cuando perece la forma de un individuo del grupo, la experiencia adquirida por esta forma se acumula en el alma monádica de todo el grupo, dándole color, por decirlo así; el

(1) La sensación maciza es una sensación que compenetra el organismo, y que no se siente especialmente en una parte más que en otra. Es la antítesis de la sensación «aguda».

ligero aumento de vida que aquella obtiene, al verterse en todas las formas que componen su grupo, las hace partícipes de la experiencia de la forma que pereció, y de este modo, las experiencias continuamente repetidas, almacenadas en el alma monádica del grupo, aparecen en las nuevas formas como instintos, como «experiencias hereditarias acumuladas». Cuando innumerables pájaros han sido presa de las aves de rapiña, los pollos acabados de salir del huevo se encogen cuando se aproxima uno de sus hereditarios enemigos; pues la vida en ellos encarnada conoce el peligro, siendo el instinto innato la expresión de este conocimiento. De este modo se forman los instintos maravillosos que guardan á los animales de innumerables peligros habituales, al paso que un peligro nuevo los encuentra desprevenidos y los aturde.

Al ponerse los animales bajo la influencia del hombre, el alma monádica de grupo se desenvuelve con rapidez creciente, y causas parecidas á las que afectan las plantas cultivadas, originan más prontamente la subdivisión de la vida encarnada; la personalidad se desarrolla y se hace más y más marcada; en los primeros tiempos puede casi decirse que es compuesta, pues tan por completo son dominadas las formas por el alma común, que toda una mónada de seres salvajes puede actuar como movida por una sola individualidad. Los animales domésticos de tipo superior, tales como el elefante, el caballo, el gato, el perro, etc., muestran una personalidad más individualizada; por ejemplo, dos perros pueden obrar muy diferentemente bajo la influencia de las mismas circunstancias. El alma monádica de grupo, encarna en un número cada vez menor de formas, á medida que se aproxima gradualmente al punto en que se alcanza la individualización completa. El cuerpo de deseo ó vehículo kámico, se desarrolla considerablemente, y persiste por algún tiempo después de la muerte del cuerpo físico en una vida independiente en el Kâmaloka. Finalmente, el número siempre decreciente de las formas que anima un alma monádica de grupo, llega á la unidad y anima una serie de formas únicas, cuyo estado sólo difiere de la reencarnación humana en la falta del Manas, con sus cuerpos mental y causal. La materia mental que trajo consigo el alma monádica de grupo, empieza á hacerse susceptible á las influencias del plano mental, y entonces el animal se halla en estado de recibir la tercera gran emanación del Logos; el tabernáculo está dispuesto para albergár la mónada humana.

(Se continuará.) Annie BESANT.

REVISTA DE LA PRENSA

Lucifer, de Londres, ha cambiado su título por el de *The Theosophical Review*, cosa que nos parece acertada, siquiera porque no tengan motivo de crítica aquellos de nuestros enemigos que, sin fijarse en la etimología de la palabra y su acepción en los primeros tiempos del Cristianismo, solamente lo hicieran, con ó sin malicia, en el significado vulgar que ahora tiene. Y ya de paso, advertimos á nuestro excelente colega londonense, que el tipo de letra de la palabra *Sophia* en la cubierta de nuestra Revista, corresponde, ó hemos procurado que corresponda, á la procedencia etimológica de la misma; porque como en castellano no existe la letra *ph* y su equivalente es *f*, de poner *Sophia* en caracteres romanos y con *f*, significaría nombre de mujer, cuando escrita en caracteres griegos, además de tener en cuenta razones etimológicas, nadie la podrá confundir con *Sofia*.

The Theosophist, de Madras, de Septiembre, es importantísimo y merecen mención especial los artículos: *La Pena capital*, de A. Besant; *La Simbología Astrológica*, por Alan Leo (en la que hace una exposición de los principios de tal ciencia); *Profecías Modernas*, y el artículo de entrada, por el coronel Olcott, que sirve de introducción para el año XIX en que entrará con el próximo número nuestro colega de Adyar (India).

The Thinker, de Madras; sus trabajos más importantes, desde el núm 27 al 31, son: *El fruto del conocimiento, Dudas diarias, El credo de un Místico, Pensar, creer y recordar, El poder del silencio, El lado brillante del Kali-Yuga, Cuerpos celestes y terrestres, Lo racional de la Reencarnación y Schopenhauer y Shankara.*

Luz Astral, de Buenos Aires, publica en sus últimos números interesantes trabajos, entre los cuales debemos citar los del Dr. Amanta, por la verdad y alteza de miras en que se inspira su autor: hay un artículo (*El Astral y sus parásitos*) en el número 12, cuya lectura y meditación recomendamos á los espiritistas fenomenalistas. ¡Lástima que tan apreciable colega, salga tan mal corregido é impreso!

Nova Lux, de Roma, entre las curiosidades que publica su número correspondiente á Agosto, está el retrato psicográfico de Donizzetti, fundado en el método Wahltuchiano, como también el interesante estudio de Luigi de Vincolis, titulado *El Idealismo y el Materialismo en la concepción dinámica de la Historia, El Ego y su vehículo*, de Decio Calvari, y otros trabajos, todos los cuales avaloran el mérito de tan buen colega teosófico viendo con sumo agrado la importancia que va tomando en la capital del orbe católico, tan excelente y apreciable revista.

La Campana del Mattino, «Rivista antispiritica — Benedetta due volte dal S. P. Leone XIII — » que se publica en Nápoles, sigue en su campaña *católica y literaria* (maneja *admirablemente* el castellano), y, dirigiéndose á *Luz Astral* (que le puso los puntos sobre las íes), he aquí algunas de las *suaves y cristianas* frases que le suelta: «insolente, desleal, ultrajes irracionales, ignorante, embustero...» y así, *ab irato*. Caro colega, ¿de qué le sirven las bendiciones (*due volte*, no olvidarlo) del Papa? Para faltar así á la caridad cristiana, y, lo que es peor, al 8.º mandamiento (respecto á *Sophia* falta, pues no es lo que dice), ni se necesitan bendiciones, ni tanto alardear de un catolicismo que no parece por ninguna parte.

Il Vessillo Spiritista, juzgando razonablemente la circular del comité de propaganda para el Congreso Espiritista de 1900, opina que no debía limitarse á esto solo; pues «la experiencia de estos últimos años nos ha enseñado el deber de ser buenos amigos con todos». Verdaderamente es incomprensible que los autores de la circular no hayan tenido en cuenta las hermosísimas frases siguientes, dichas por el sabio francés Luis Ménard, en un reciente discurso: «Cuando se abarcan en toda su armonía las revelaciones sucesivas del orden divino, todas las religiones son verdaderas. Cada afirmación de la conciencia es una de las fases del prisma eterno. Toda lucha debe extinguirse; pues las ideas, lo mismo que las razas, tan sólo son hostiles porque se desconocen entre sí.»

The Theosophical News, de Boston, publica en uno de sus últimos números el retrato, la biografía y noticia del fallecimiento de Edward B. Rambo, teósofo que hizo mucho por la propagación de las ideas, y cuya temprana desencarnación hay que lamentar.

Constancia, de Buenos Aires, en su núm. 531, publica un interesante artículo traducido de la *Revue Scientifique et Morale*, acerca del *argentaurum* ú oro alquímico, fabricado por el Dr Emmens, de Nueva York, y comprado por aquel gobierno como oro legítimo; lo

cual demuestra, de ser cierto, la unidad de la materia y la posibilidad de la transmutación de los metales, en la cual creen muchos químicos modernos. Hasta ahora, el coste de la transmutación de la plata en oro, es grande; pero es de esperar que con el tiempo y los descubrimientos que se avecinan sea su fabricación económica. (1)

Hemos recibido también, y á todos estamos obligados, los siguientes colegas: *The Arya Bala Bodhini*, (con trabajos interesantes), *The Pacific Theosophist* (que también los tiene), *La Ciencia del Siglo XX*, *La Voz de Sitges*, *La Tracción ferroviaria ilustrada*, *Religione é Patria*, *Asociación Rural del Uruguay*, *Le Phare de Normandie*. *Lo Judicial y lo Justiciable*, *Aurora do Cavado*, *El Socialista*, *El Profesorado*, *La Marsellesa*, *El Socialismo Monárquico*, *El Porvenir*, *La Tempestad*, *La Revelación*, *El Curial Español*, *El Adalid*, *El Aviso*, *The Vâhan*, *La Luz del Porvenir*, *The Venezuelan Herald*, *A Lux*, *La República* y *El Tiempo* (diarios de Caracas), *El Correo Católico*, *Vitalidade*, *El Fénix Mercantil*, *El Eco de Guadalope*, *La Unión Republicana*. *El Trabajo Nacional*. *El Francolí*, *Revista de primera Enseñanza*, *El Heraldo de Figueras*, *La Unión Espiritista*, *La Opinión Astigitana*, *Revista Magnética*, *Boletín Musical*, *El Mortero*, *Archivos de Cinecopatía*, *El Fomento*, *El Auxiliar*, *El Africa*, *El Motín*, *Revista del Ateneo Obrero*, *Moniteur Spirite é Magnétique*, *La Thérapeutique Integrale*, *La Unión Espiritista*, *Revista Masónica* (de Buenos Aires), *O Occidente dos Açorês*, *Revista de Estudios Psicológicos*, *Revista Magnetológica*, y los nuevos periódicos *El Eco de Brandsen* (de la República Argentina), y *La Luce* (de Italia), á los cuales deseamos prosperidades.

JOHN FRIAR

(1) Escrito esto, vemos en *El Liberal* del 26 del pasado, un artículo de D. José Echegaray, que habla del mismo descubrimiento y lo corrobora, elogiando al eminente químico, inventor de notables procedimientos metalúrgicos y miembro de importantes Sociedades científicas, etc.

LIBROS

La Historia de la Tierra y el Progreso, por Camilo Flammarión. — Precio **25** céntimos. — Biblioteca de *La Irradiación*, Fuencarral, 106, Madrid.

Hemos recibido este precioso opúsculo del sabio y popularísimo astrónomo francés, cuanto creyente teósofo, en el cual demuestra, de modo irrebatible, con la ciencia llamada oficial por base, y sin recurrir á otras fuentes de nuestras ideas, que la época actual ó cuaternaria cuenta lo menos *cien mil años de edad*, la terciaria más de *trescientos mil*, la secundaria más de *un millón de años*, y la primaria *tres millones;* y que para pasar la tierra del estado líquido al sólido, ha necesitado unos TRESCIENTOS CINCUENTA MILLONES DE AÑOS, lo cual debe trasladarse á los que crean que el mundo no tiene más que unos seis mil años de existencia.

MISCELANEA

El lugar donde nació el fundador del Buddhismo. era desconocido hasta el presente, y la noticia de su descubrimiento está recorriendo el mundo, por lo cual creemos conveniente consignarla; así, pues, diremos que á una expedición arqueológica de la India, estando acampada á unas quince millas de Nepaul, cerca del *tahsil* de Bhagwampur, en el distrito de Butsuk, le llamó la atención un monolito de unos diez pies de altura con inscripción del siglo IX, que indujo á los expedicionarios á cavar alrededor de la piedra hasta la profundidad de catorce pies, dando por resultado el encuentro de otra inscripción del Emperador de Asoka, en la cual consta que en el año vigésimo de su reinado (unos 239 antes de Cristo) había él erigido dicha columna *en el mismo lugar donde nació Sakya-Muni ó Gautama Buddha*. La expedición encontró también, al NO. de la columna, extensas ruinas de *stupas*, monasterios y palacios cubiertos de bosque ó monte, los cuales se extendían cinco millas hasta el río Banganga, siendo la circunferencia de las ruinas como de unas siete millas, y averiguando que era el sitio donde estuvo Kapilavastu, capital de los dominios del padre de Buddha. Tan pronto como cesen las plagas que asolan á aquella región del mundo, se harán excavaciones que se espera sean de provecho, por las inscripciones que se encontrarán.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.